

La incierta transición en Egipto. Expectativas en el contexto de la post-primavera árabe (2011-2013)

The Uncertain Transition in Egypt. Expectations in the Post-Arab Spring Context (2011-2013)

Paloma González del Miño*

Resumen

El fin de la dictadura de Hosni Mubarak, en el contexto de la llamada primavera árabe, marca el inicio de una nueva fase en cuanto a transformación del escenario político de Egipto, permitiendo el ascenso de nuevos actores junto a un pulso constante entre el movimiento islamista y el Ejército en torno al proceso de transición. Las alteraciones en la agenda, la falta de consenso entre los diversos protagonistas para elaborar un proyecto inclusivo, junto a la resistencia a perder centralidad y poder por parte del Ejército, dibuja un panorama complejo y otorga a esta institución un papel clave en el proceso de transición, que ha derivado en un golpe de Estado y en la propuesta de una hoja de ruta muy diluida, mediante una estrategia de cambio limitado y controlado desde arriba. El proceso de apertura se presenta muy cuestionado, sin satisfacer las principales demandas de la población que se movilizó con intenciones de cambio, reflejando un cuadro binario entre los dos actores más poderosos del sistema egipcio desde hace décadas: el Ejército y los Hermanos Musulmanes.

Palabras clave: Egipto, política internacional, sistema político, Ejército, relaciones internacionales.

Abstract

The end of the Hosni Mubarak dictatorship, in the context of the so-called Arab spring, marks the beginning of a new phase in terms of transformation of the political landscape in Egypt, allowing, the new actor's rising, with a constant struggle between the Islamist movement and military environment in the transition process. The alterations in the political agenda, the lack of consensus among different political and social actors, to develop an inclusive national project, with resistance to lose

* Doctora en Relaciones Internacionales. Coordinadora del Grado de Relaciones Internacionales impartido en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

centrality and power by the army, one of the traditional Egyptian political actors that draws a complex landscape in this institution and gives to a key role in the transition process, which has resulted in a coup d'état and the proposal of a route sheet very dilute, through a strategy of limited change and controlled from above. The opening process seems very questioned, without satisfy the key demands of the population that was mobilized to with intent to change, reflecting the binary table between the most powerful two players in the Egyptian system for decades: the army and the Muslim Brotherhood.

Key words: Egypt, international politics, political system, army, international relations.

Introducción

Pese a las debilidades que arroja la transición en Egipto y a las incertidumbres sobre el futuro político del país, es decir, si se implementará un sistema democrático o si el Ejército seguirá manteniendo el papel de gestor en el proceso, es innegable la importancia de la “Primavera egipcia” así como su impacto en la región árabe y en la vecindad mediterránea. Egipto, la potencia militar y demográfica de la zona, con dichos eventos ha desarrollado, desde comienzos de 2011, un proceso de transición difícil y muy abierto, con un balance sombrío hasta ahora. El país se encuentra sumido en una profunda crisis política y económica, agudizada desde que el Ejército tomó las riendas del poder, apartando mediante un golpe de Estado “suave” al islamista Mohamed Morsi de la presidencia de la nación, suspendiendo la Constitución de 2012 y catalogando a los Hermanos Musulmanes como una organización de carácter terrorista. Todo ello no ha hecho más que incrementar la tensión, pero no ha logrado desactivar el peso del movimiento islamista ni el dinamismo de su militancia. A lo largo de estos tres años, contados a partir de la rebelión ciudadana que termina con el régimen de Hosni Mubarak, este país norafricano se ha convertido en un termómetro de evaluación, observado atentamente por el conjunto regional y por la comunidad internacional debido a su perfil geoestratégico, por su peso específico político y demográfico, por el papel histórico en la región y por las relaciones con Estados Unidos e Israel.

El contexto de la “Primavera árabe”, como se ha denominado a las rebeliones que tuvieron lugar a partir de 2011 en el Magreb y Oriente Medio, marca el inicio de un proceso que está transformando el escenario político de muchos países, entre ellos Egipto. Los acontecimientos de la Plaza Tahrir no sólo terminaron con la dictadura de Mubarak, sino que han permitido el ascenso de nuevos actores, al igual que un pulso constante entre los partidos políticos laicos, el movimiento islamista y el Ejército, en torno a la transición y al modelo político a instaurar. Dicho proceso evidencia el hecho de que los nuevos grupos político-sociales

todavía carecen de peso específico propio en una escenografía compleja, siendo su gran reto cobrar relevancia frente a los principales actores clásicos claves (militares e islamistas), activados en un renovado juego político.

El balance, a tres años de transición, está marcado por notables claroscuros, reflejados en avances y retrocesos políticos, que dibujan la reorganización del complejo mapa canalizado en una triple polarización: *Felul* (residuos del antiguo régimen, incluidos los militares), islamistas y movimientos heterogéneos de oposición. Las alteraciones en la agenda con una hoja de ruta muy diluida, la falta de consenso entre los distintos actores políticos y sociales para elaborar un proyecto inclusivo, junto a la resistencia a perder centralidad por uno de los protagonistas, el Ejército, otorgan a esta institución un papel clave en el proceso de transición, cuya legitimidad al presentarse como defensor de las aspiraciones de los ciudadanos en pro del cambio se está dilapidando al haber optado por una estrategia de control de daños, que resultaría benéfica a sus intereses a fin de no licuar sus poderes y cuantiosos intereses económicos y políticos al deponer al primer presidente electo islamista, que derivó en un período de polarización y violencia callejera.

Desde la caída del anterior régimen egipcio, han sucedido cinco acontecimientos políticos de máxima importancia que se analizan en este estudio: 1) las elecciones parlamentarias; 2) las elecciones presidenciales con la transferencia del poder por parte del Consejo Militar a un presidente elegido democráticamente; 3) la redacción de una nueva Constitución en 2012; 4) el golpe de Estado “blando” que destituyó al presidente de la nación elegido democráticamente, Mohamed Morsi, y la proclamación de un gobierno civil interino, pero con el general Abdel Fatal Al Sisi como hombre fuerte; y 5) la redacción y aprobación por *referendum* de una nueva Constitución en 2014. Las actuales interrogantes del escenario político egipcio se centran en dos cuestiones cardinales: evaluar el apoyo popular de la consulta constitucional (14 y 15 de enero de 2014), que adquirió tintes casi de plebiscito para legitimar el golpe militar y, en segundo lugar, determinar cuál será el siguiente paso de Al Sisi; es decir, ¿pasará a ocupar la presidencia de la nación?, ¿qué respaldo recibirá del Ejército?, ¿podrá apaciguar a un país que tiene índices de 26 por ciento de pobreza y de 13.4 por ciento de desempleo, en un contexto de tal polarización?

En esta lógica, la finalidad de este artículo es analizar el proceso político de Egipto desde una perspectiva multidisciplinar y holística, para evaluar las dinámicas de cambio y continuidad, en una etapa de transformaciones estructurales en cuanto a la naturaleza, las fuentes y las pautas de distribución de poder, con unos equilibrios diferentes. El estudio abarca desde la caída de Mubarak hasta el *referendum* constitucional de enero de 2014, asentado en la premisa de que el proceso de transición hacia la democracia de Egipto está anquilosado en virtud de la frágil

gobernabilidad practicada desde la destitución de Morsi y el nombramiento del gobierno interino dirigido *de facto* por los militares, que se resisten a abandonar su posición dominante desde la revolución de 1952 en pro de nuevos actores políticos. Los esfuerzos de la ciudadanía para avanzar hacia un nuevo sistema democrático, representativo y estable que satisfaga las tres demandas principales, generadas durante el proceso revolucionario por parte de la población (libertad, derechos y dignidad) que se lanzó a las calles y plazas principales del país, siguen sin materializarse en un contexto de polarización entre el Ejército y los islamistas. Por tanto, el futuro de Egipto post-primavera árabe puede ser menos eufórico en cuanto a cambios de lo que se intuía tras la caída de Mubarak, al reasentarse viejos actores con nuevas bases y una nueva coalición, en donde el Ejército mantendrá un rol decisivo en el panorama político.

La praxis de la rebelión egipcia

El paradigma autoritario ha constituido una de las principales aproximaciones al estudio de los sistemas políticos árabe-musulmán en las últimas décadas. Desde comienzos de 2011, con las llamadas “primaveras árabes”,¹ las hipótesis sobre las transiciones democráticas recuperan la máxima actualidad, al verse alteradas las redes de poder. Egipto no ha sido una excepción: el descontento social ha crecido de forma exponencial en la última década sin que el anquilosado régimen del presidente Hosni Mubarak propiciara políticas públicas para canalizarlo.² El resultado son las revueltas que durante 18 días, desde el 25 de enero de 2011, posibilitaron el final de un ciclo y el principio de otro, mediante la movilización de la población a través de las redes sociales como una nueva forma de activismo político.

Los acontecimientos producidos a partir del denominado “día de la ira”, evidencian la existencia de un movimiento de contestación popular y espontáneo, que favorece el cambio político, conduciendo al país a un proceso novedoso, producto tanto de las demandas de la población como de una coyuntura interna concreta: la pérdida de cohesión del poder hegemónico del régimen de Mubarak. Las reivindicaciones de la ciudadanía, de carácter político y económico, se convirtieron en el detonante para la ruptura con el antiguo régimen, lo cual tampoco

¹ Council on Foreign Relations, *The New Arab Revolt*, Foreign Affairs, Estados Unidos, 2011.

² Según datos del Fondo Monetario Internacional, en 2011 la renta *per cápita* estimada por habitante no superaba los 6 500 dólares. La tasa de inflación en el mismo año, según la CIA, fue 13.3 por ciento.

significa el fin del autoritarismo, dando lugar a un proceso muy abierto, que aunque depeja el juego a otros actores, termina por polarizarse entre el Ejército y el movimiento islamista.

Los desafíos de la clase media egipcia, que demanda mayor participación política, mejores mecanismos de control de la responsabilidad, freno a la corrupción, ampliación de derechos y libertades y un sistema activo y equilibrado que genere más oportunidades a mayores sectores sociales, configuran una convergencia de intereses. Las movilizaciones contra el régimen de Mubarak no fueron simplemente consecuencia del efecto dominó provocado con anterioridad en el vecino Túnez, sino la explosión de un proceso aletargado que se venía incubando para poner fin al autoritarismo del régimen. Estas denominadas protestas espontáneas se cruzan con una oposición organizativa frente al Estado, que aunque se manifiesten con rasgos novedosos, buscaban modificar el legado de las dictaduras militares imperantes durante décadas en el mundo árabe.

Egipto se encuentra sumido en una complicada prueba de efectividad para mostrar las posibilidades de éxito de la transición, siendo un modelo significativo en la región en cuanto a viabilidad de las transiciones políticas en los sistemas autoritarios. A tres años de post-primavera egipcia, el panorama continúa siendo frágil, excesivamente dilatado y con engaños, sin poder descontar el peso del pasado que aún puede derivar en un deslizamiento hacia el autoritarismo arraigado desde 1952. Por tanto, sigue siendo un desafío tangible la evolución hacia una gobernanza que garantice el desarrollo económico, social e institucional sostenible, promoviendo un sistema equilibrado entre Estado, sociedad civil y economía de mercado. Dicho desafío recae también en la promoción de la cultura política que durante décadas se ha visto cercenada,³ al igual que la implementación de mecanismos inclusivos. Así mismo, el país se enfrenta a otros retos sustanciales: recuperar la estabilidad perdida, recobrar la senda del crecimiento y desarrollar instituciones económicas, pues se corre el riesgo de promocionar un discurso maniqueo en el que prime la seguridad para recobrar el crecimiento.

Leonard Binder señalaba, hace más de una década, que Egipto era uno de los miembros destacados de un pequeño grupo de países en desarrollo cuyas políticas han adquirido un especial significado desde el punto de vista de la experimentación de modelos de desarrollo divergentes. Este país, junto con otros, acapara el interés analítico de los académicos y de otros profesionales de las Ciencias Sociales, porque su experiencia arroja diversas teorías de desarrollo en competencia y la posibilidad de que su historia pudiera revelar un modelo. Las

³ Mark Tessler, "Do Islamic Orientations Influence Attitudes toward Democracy in the Arab World? Evidence from Egypt, Jordan, Morocco, and Algeria" en *International Journal of Comparative Sociology*, núm. 43, Universidad de California, Estados Unidos, 2002, p. 109.

ideas del profesor Binder siguen teniendo plena vigencia, en particular con los acontecimientos producidos desde 2011,⁴ al convertirse en un referente en cuanto a alteración de las relaciones de poder y contrapoder, pues en el Egipto moderno, el poder del Estado se basaba originalmente en la legitimidad selectiva y en la represión estratégica, suprimiendo otras alternativas.

La fragmentación encubierta del régimen en el período final de Mubarak

Con la dimisión de Hosni Mubarak (18 de febrero de 2011), quien había detentando la presidencia de la nación durante casi tres décadas, se cerró un ciclo político. Su mandato se sustentaba en un prototipo opresor debido a la acumulación asimétrica de poder por parte de un reducido grupo de élites que, pese a su renovación circular, se mantiene constante en el núcleo y en la captación, siendo una característica aplicable a la mayoría de los países de la región, como ha analizado Ferrán Izquierdo.⁵ En este modelo, el Estado mantiene la primacía, generando un poder central, en donde los demás recursos de éste gozan de un papel secundario en la estructura, pues dependen del poder estatal. De igual forma, “la imposición de los intereses del régimen como algo provechoso para toda la sociedad permite controlar la ideología y así mantener e institucionalizar un sistema autocrático, donde las libertades personales se sacrifican en nombre de la seguridad y de la estabilidad social”.⁶

El deterioro en las condiciones sociales, políticas y económicas agudiza el malestar de la población ante un régimen cuyos cimientos se asentaban en el control del Estado, de los aparatos de coerción, de los medios de comunicación tradicionales, en el fuerte apoyo político-económico por parte de Estados Unidos, en el poder económico asegurado por un sistema “clientelista que imponía a los sectores privados estrechas relaciones con el régimen. Al mismo tiempo, los mecanismos clientelares junto con el Estado orwelliano, garantizaban al régimen cierto respaldo social. De esta manera, Mubarak y sus aliados eran capaces de controlar toda la sociedad egipcia”.⁷ Así mismo, las relaciones entre el régimen y

⁴ Leonard Binder, *The Cambridge History of Egypt. Modern Egypt from 1517 to the End of the Twentieth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

⁵ Ferran Izquierdo Brichs (ed.), *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*, Fundación CIDOB, Barcelona, 2009.

⁶ Athina Kemou y Bárbara Azaola, “El Egipto contemporáneo” en Ferran Izquierdo Brichs (ed.), *op. cit.*, Fundación CIDOB, Barcelona, 2009, p. 204.

⁷ Athina Lampridi-Kemou, “Egipto. La revolución inconclusa” en Ignacio Gutiérrez de Terán e Ignacio Álvarez-Ossorio (coords.), *Informe sobre las revueltas árabes*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2011, pp. 65 y 66.

la población estaban determinadas por la personalización de la autoridad, como puso de manifiesto Hinnebusch,⁸ careciendo de posibilidades de emancipación.

Tras la aparente unicidad del régimen de Mubarak se esconde una realidad enmarañada y compleja. Desde comienzos del siglo XXI se ha ido rompiendo paulatinamente la aparente homogeneidad “como consecuencia de la división profunda del régimen en dos grupos que competían para preservar su hegemonía sobre la escena política. Por un lado, se encontraba la vieja guardia, compuesta principalmente por los generales del Ejército. Por otra parte, aparecía un nuevo frente alineado con Gamal Mubarak, en el que se integraban principalmente actores económicos”.⁹ Este rompecabezas se fue polarizando poco a poco mediante la pérdida de cohesión del régimen, pues la denominada “alianza de los beneficios” apostaba por un proceso de liberalización económica a través de reformas estructurales, compatible con las recetas del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que aumentó el poder del sector privado y, en consecuencia, el papel de la nueva guardia. El intento de Hosni Mubarak de nombrar como sucesor a su hijo Gamal perjudicaba en gran medida los intereses de ésta, pues “toda la estructura militar y de seguridad podría fácilmente perder sus privilegios, su trato especial y sus beneficios”,¹⁰ irritaba a amplios sectores de la sociedad y quebraba lealtades que no tenían por qué ampliarse al heredero.

A este contexto de desconexión entre el régimen y la población también contribuyó la desafección hacia la política provocada por el autoritarismo del primero, la ficción por la escasa representatividad de las formaciones políticas tradicionales y las relaciones clientelares de la oposición legalizada. Por tanto, el clima de descrédito se generalizó, siendo la excepción los Hermanos Musulmanes y nuevas fórmulas grupales de sociedad civil, como *Kejaya* (“¡Basta ya!”), *Shayfinkum* (“Los vemos”), el Movimiento Juvenil 6 de Abril, la Asociación Nacional para el Cambio o una serie de importantes grupos pro derechos humanos que han incrementado su popularidad. Frente a esta atonía política en amplios sectores de la población, desde 2005 se puede apreciar el importante aumento del activismo practicado por sindicatos independientes, técnicamente ilegales, cifrándose en más de 3 mil manifestaciones durante el período 2004-2010,¹¹ lo que pone de manifiesto su relevancia, dados los mecanismos represivos del régimen y su prohibición, junto a la valiosa experiencia de movilización y organización que fueron adquiriendo estas organizaciones.

⁸ Raymond Hinnebusch, *The International Politics of the Middle East*, Manchester University Press, Manchester, 2003.

⁹ Athina Lampridi-Kemou, *op. cit.*, p. 66.

¹⁰ *Ibidem*, p. 67.

¹¹ Joel Beinin, Kamal Abbas, Sarah Whitson, y Michele Dunne, *Labor Protest Politics and Worker Rights in Egypt*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, D. C., 2010.

El deterioro económico también ha favorecido tanto la falta de cohesión del régimen en la última etapa de Mubarak como el estallido de las revueltas, debido a la disminución progresiva de los ingresos reales frente al aumento de los productos básicos, en un sistema fuertemente clientelista, que tras diversos procesos de liberalización provoca que se agudicen las carencias de la población y que se traduzca de manera significativa en el Estado de bienestar, siendo ejemplos explicativos la reducción de la sanidad, el deterioro de las condiciones de vida y el aumento de la pobreza.¹² La salud de la economía egipcia desmiente el optimismo del discurso oficial:

aunque ciertos indicadores macroeconómicos han sido muy positivos (mostrando, por ejemplo, un constante incremento del PIB y una constante disminución del déficit por cuenta corriente), otros —en particular el creciente paro juvenil, el crecimiento demográfico y la pauperización de la clase media— deberían haber hecho sonar las alarmas. Aunque es posible que las políticas de privatización hayan ayudado a aumentar el PIB, también favorecieron claramente la formación de élites empresariales reducidas y políticamente conectadas, cuyo enriquecimiento provocó un considerable resentimiento popular. Sin duda éstas fueron de poca ayuda para el casi 40 por ciento de egipcios que viven con dos dólares al día o menos, especialmente teniendo en cuenta que el salario mínimo mensual (ya abismalmente bajo) de 400 libras egipcias (unos 46.4 euros) nunca se ha hecho cumplir. La subida de los precios de los alimentos combinada con la presión para recortar las subvenciones de productos básicos como la harina —que ya había desencadenado disturbios por el precio del pan— vinieron a exasperar todavía más a los egipcios de a pie durante el año 2010.¹³

El alto nivel de exclusión que padece la juventud egipcia se convierte en un factor potencialmente desencadenante.¹⁴ Se había ido fraguando una nueva clase media, formada, pero con reducidas expectativas de futuro, “jóvenes cuyas familias salieron de la miseria rural con Nasser y a quienes el régimen de Mubarak proveyó de estudios que desembocaron a menudo en un callejón sin salida laboral”.¹⁵ A pesar de la carencia y el cuestionamiento de datos sobre el mercado de trabajo en este país, en el período final de Mubarak, concretamente en 2008, el desempleo

¹² Alaa Al-Din Arafat, *The Mubarak Leadership and Future of Democracy in Egypt*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2009.

¹³ Andrea Teti y Gennaro Gervasio, “La segunda revuelta de enero en Egipto: causas y consecuencias de una supuesta revolución” en *Anuario IEMed del Mediterráneo*, Fundación CIDOB, Barcelona, 2011, p. 31.

¹⁴ Louay Abdalbaki, “Democracy and the Re-Consolidation of Authoritarian Rule in Egypt” en *Contemporary Arab Affairs*, vol. 1, núm. 3, Centre for Arab Unity Studies, 2008.

¹⁵ Andreu Claret, *Cuatro notas en torno a la revolución egipcia de 2011*, Real Instituto Elcano, España, 2011, p. 2.

juvenil (de 15 a 24 años) oscilaba alrededor de 24.8 por ciento,¹⁶ generando sustanciales costos económicos y sociales que se habían paliado mediante la emigración, pero que actualmente resulta mucho más difícil debido al drástico aumento de dicho rubro en las economías avanzadas y a la tendencia a la nacionalización de la fuerza de trabajo en los países del Consejo de Cooperación del Golfo.¹⁷

Actores relevantes en el proceso de movilización egipcio

Egipto, desde la firma del Tratado de Paz con Israel en 1979, había sido el mayor aliado árabe-musulmán de Estados Unidos en la región, beneficiándose de una importante ayuda económica de 1 300 millones de dólares anuales,¹⁸ si bien es verdad que esta cantidad tenía como intención principal la ayuda militar. Hosni Mubarak mantuvo cierto equilibrio entre el control del poder y la concesión de libertades limitadas a la población, sobre todo en la última etapa presidencial, con el fin de que su país mantuviera un escenario interno de estabilidad. En paralelo, el discurso promovido por la administración republicana en la época de George W. Bush para llevar la democracia a la región tuvo una consecuencia importante: permitió la creación de espacios para que los egipcios se iniciaran en el activismo, en la defensa de los derechos civiles y políticos a través de la constitución de organizaciones no gubernamentales y organizaciones de ayuda legales.¹⁹

Durante los últimos años, la sociedad egipcia ha experimentado un proceso tenue de movilización encubierto, mediante la creación de nuevas organizaciones civiles y por el aumento del activismo de la clase trabajadora, que ha protagonizado intensas protestas debido al deterioro de la situación económica y laboral. Desde 2004, Egipto ha sido testigo de un gran número de huelgas en sectores muy diversos para exigir mejoras en sus condiciones. Todo esto en un país marcado por la negativa al derecho a la huelga y la vulneración constante de los derechos sociales, con un Estado de excepción vigente y con fuertes medidas represoras aplicadas por los cuerpos de seguridad. El movimiento de los trabajadores egipcios contribuye a las dinámicas de movilización ciudadana. De las 222 huelgas que se llevaron a cabo durante 2006, se pasó a 314 en el año 2007, 400 en 2008, mil en 2009, aumentando esta cifra significativamente en 2010, llegando a 2 100.²⁰ Así

¹⁶ CIA *World Factbook* 2012.

¹⁷ Yasser Abdih, "Cubrir el déficit de empleos" en *Finanzas y desarrollo*, Fondo Monetario Internacional, junio 2011, p. 36.

¹⁸ Esta cantidad que Estados Unidos ofrece anualmente a Egipto, está ligada en una parte sustancial a la compra de armamento procedente de aquel país.

¹⁹ Casa Árabe, *Atalaya política*, núm. 18, Casa Árabe, España, 2012.

²⁰ Mariana Ottaway y Amr Hamzawy, *Protest Movements and Political Change in the Arab World*, Carnegie Endowment, Estados Unidos, 2011.

mismo, se venía produciendo un alejamiento de los trabajadores en relación con los sindicatos tradicionales agrupados en la Federación de Sindicatos Egipcios, completamente burocratizados y verticales, que han ejercido durante años el papel de intermediarios y aliados del régimen.

Este avance del movimiento sindical, que termina aglutinando reivindicaciones laborales y políticas, contrasta con el retroceso de la movilización ciudadana después de las elecciones de 2005. Los partidos políticos legalizados llevaron a cabo varios intentos de crear frentes unidos de oposición sin éxito. Estas formaciones se caracterizan por su desconexión con las bases, a excepción de los Hermanos Musulmanes, al no recoger las demandas de la sociedad y por participar en un juego marcado, que mostraba “cierta” aceptación como correas de transmisión del régimen, contribuyendo tanto a su mantenimiento como a dar una imagen de más pluralismo, que el régimen mubariano capitalizaba tanto en el ámbito interno como internacional.

En Egipto, el país más poblado de la región, aproximadamente 60 por ciento de la población tiene menos de 30 años.²¹ La juventud se convirtió en un actor protagonista de Tahrir en 2011, aunque combinada con una ciudadanía muy variada en cuanto a edad, que se canaliza en un fenómeno horizontal carente de líderes, que no busca hacerse con el poder como fruto de su sublevación y que tiene acceso a la tecnología y la información digital, lo que permite nuevos canales para la movilización y el mensaje, cuyo vínculo común es la protesta contra el estado actual de las cosas y sin consenso sobre el tipo de cambio necesario, aunque sí sobre la necesidad de cambio. Por tanto, aunque en el levantamiento del 25 de enero de 2011 denotó su carácter espontáneo, no se puede descontar que atrajo a movimientos sociales y grupos de oposición precedentes en Egipto que no actuaron de manera institucional, pero que reflejaban la historia de protesta que se venía macerando en el país en la última etapa del régimen. En este sentido, la profesora El Ghobashy esgrime una tesis que cuestiona las explicaciones simplistas que ciñen la sublevación ciudadana a un cóctel espontáneo de “tecnología, hechos de Túnez y tribulación de la población”,²² sin tener en cuenta los precedentes y la fusión coordinada de tres sectores de protesta (asociativo, de barrio y de lugar de trabajo) para derrotar al aparato coercitivo.

Otros dos actores que jugaron un papel diferente son el Ejército y los islamistas. Los militares, con su actitud favorable a las demandas ciudadanas en

²¹ Jon B. Alterman, *Egypt in Transition: Insights and Options for US Policy*, Center for Strategic and International Studies, Washington, D. C., 2012.

²² Mona El-Ghobashy, “The Praxis of the Egyptian Revolution” en David McMurray y Amanda Ufheil-Somers (eds.), *The Arab Revolts: Dispatches on Militant Democracy in the Middle East*, Indiana University Press, Bloomington, 2013.

las rebeliones populares, ganan legitimidad ante la población, además de impulsar al presidente Mubarak a abandonar el cargo, siendo conscientes de que su poder permitía mantenerse bajo un nuevo régimen “dirigido”. En cuanto al movimiento islamista, los Hermanos Musulmanes, como organización, se abstuvieron de participar en las manifestaciones, aunque muchos de sus miembros, principalmente jóvenes, participaron en las protestas, cuestionando el conservadurismo de sus líderes o el propio autoritarismo interno, frente a los salafistas, distribuidos en diversos grupos, que declararon de manera explícita su oposición a las manifestaciones contra el régimen de Mubarak.

La revolución 2.0: activismo positivo de los movimientos sociales a través de la red

Las nuevas tecnologías de la información se posicionan como actores relevantes, generando un proceso de movilización y de debate político. El progresivo acceso a *Internet* y la participación de los egipcios en las redes sociales (*Facebook*, *Twitter*, *YouTube*), son factores positivos que ya se venían utilizando antes de Tahrir 2011, pero que a partir de entonces adquirieron un dinamismo inexplorado “que no obstante puede adoptar rasgos novedosos, por ejemplo en los instrumentos de organización y tácticas empleadas y la aparición de una nueva guardia de disidentes revolucionarios”.²³ A través de estos medios, los activistas comenzaron a forjar un nuevo lenguaje político que cruzó las barreras institucionales,²⁴ ofreciendo un espacio de debate, resistencia y propuestas. *Internet* ha facilitado el intercambio de información, la difusión de ideas e imágenes y la convocatoria de las manifestaciones, con una inmediatez que no supera ningún otro medio de comunicación, lo que provoca la reacción del régimen egipcio, en los primeros días de protestas, bloqueando las páginas más consultadas, limitando el envío de mensajes de texto y dejando el país aislado del resto del mundo, aunque no logró impedir el desarrollo de las rebeliones.²⁵

²³ Maytha Alhassen, “Siria y Egipto, la barrera del miedo ha caído” en *El poder de las redes sociales, La vanguardia dossier*, núm. 50, España, enero-marzo 2014, p. 30.

²⁴ Charles Hirschkin, “From the Blogosphere to the Street: The Role of Social Media in the Egyptian Uprising” en *Jadaliyya*, 2011, disponible en <http://www.jadaliyya.com>

²⁵ Egipto fue uno de los primeros países árabes en tener acceso a *Internet*. En 2000, tenía 50 proveedores de estos servicios y 300 mil usuarios, número que se ha incrementado sustancialmente en los últimos años, aunque al principio la adopción de *Internet* fue lenta. En 2009, existían 20 136 millones de usuarios internautas y en 2011 el número creció a 83 425 millones de suscripciones de teléfono móvil. Sahar Khamis y Katherine Vaughn, “Cyberactivism in the Egyptian Revolution: How Civic Engagement and Citizen Journalism Tilted the Balance” en *Arab Media and Society*, núm. 14, The American University in Cairo, 2011.

En Egipto, el crecimiento en cuanto al uso de estas nuevas tecnologías en los últimos años es exponencial: a finales de 2010, casi 80 por ciento de los egipcios tenían teléfono móvil, según la empresa de investigación de mercados Ovum. Aproximadamente un cuarto de los hogares tenía acceso a *Internet* en 2009, según la Unión Internacional de Telecomunicaciones. Pero esa proporción era mucho mayor entre el grupo demográfico de 20 a 35 años de El Cairo, Alejandría y otros núcleos urbanos que, en su mayoría, ya fuera en casa, el colegio o cibercafés, tenían acceso a *Internet*. En menos de dos años tras el lanzamiento de la versión árabe de *Facebook* en 2009, el número de usuarios se triplicó, llegando a cinco millones en enero y febrero de 2011, los meses en que se inició la revolución. Una vez que el mensaje lanzado por *Internet* llegaba a un sector numeroso de jóvenes egipcios activos, con conocimientos tecnológicos, las redes de telefonía móvil divulgaban el mensaje a un segmento más amplio de la población.²⁶

Una de las características de estas nuevas herramientas tecnológicas es que permite al usuario mantener el anonimato, lo que significa seguridad para muchos egipcios.

Hasta el 30 de marzo de 2011, Egipto era el tercer país árabe con mayor número de usuarios en *Twitter*: 131 204. La *hashtag* más popular en la región árabe durante los cuatro primeros meses de ese año fue *#egypt*, con un millón 400 mil referencias, continuando *#jan25*, con un millón 200 mil menciones, la segunda más popular.²⁷ Ambas relacionadas con Egipto. Del 1º al 30 de septiembre de 2011 fueron generados 6 millones de *tweets* en Egipto, es decir, 16 por ciento del total de *tweets* con origen en la región árabe en ese período. Otro dato a destacar es el idioma de los *tweets* en Egipto: 45 por ciento fueron en inglés, 48 en árabe y 7 por ciento en otros idiomas,²⁸ reflejo del intento de hacer llegar al exterior lo que pasaba en el país. El informe del *Arab Social Media Report*,²⁹ con datos hasta finales de junio de 2012, refleja que existían en esa fecha 2 099 706 usuarios activos en dicha red social en la región árabe. Egipto era el tercer país de este espacio regional en número de usuarios de *Twitter*, siendo superado por Arabia Saudí y Kuwait. En el mes de marzo del mismo año, los usuarios activos generaron cerca de 172 511 590 *tweets*, 5 750 386 *tweets* al día, o 3 993 *tweets* por segundo. También en el mes de marzo de 2012, la *hashtag* *#egypt* bajó a la quinta posición; sin embargo, casi triplicó las referencias con respecto a los datos de

²⁶ Manuel Castells, *Redes de indignación y esperanza*, Alianza Editorial, España, 2012, pp. 68-69.

²⁷ Dubai School of Government, "Civil Movements: The Impact of Facebook and Twitter" en *Arab Social Media Report*, vol. 1, núm. 2, Dubai, 2011.

²⁸ Dubai School of Government, "Mapping Twitter" en *Arab Social Media Report*, Dubai, 2011.

²⁹ Dubai School of Government, "Twitter in the Arab Region" en *Arab Social Media Report*, Dubai, 2012.

septiembre de 2011, estando presente en 900 mil *tweets*. Respecto al idioma, el árabe es la lengua que experimenta un crecimiento más rápido en la historia de *Twitter*.

En conclusión, los nuevos medios de comunicación actuaron como catalizadores. El activismo en línea ha sido, sin lugar a dudas, uno de los principales factores que contribuyeron al éxito de las revueltas en Egipto. Los *blogs* y las redes sociales también entraron, incluso, en medios tradicionales, como periódicos o canales de televisión, al tratar temas que, por censura directa del gobierno o autocensura de los periodistas, no quedaban recogidos. Por tanto, parte de los medios tradicionales se juntan con la nueva realidad comunicativa utilizada por la población egipcia. Como afirmó un activista egipcio, “*Facebook* se usaba para programar las protestas, *Twitter* para coordinarlas y *YouTube* para contarlas al mundo”.

El comienzo de la división política: las elecciones parlamentarias

En las primeras elecciones parlamentarias libres en los últimos 30 años de vida política egipcia³⁰ se presentó más de medio centenar de partidos. Las principales fuerzas políticas egipcias se agruparon en cuatro grandes coaliciones. A grandes rasgos, dos son de tendencia islamista: el más moderado, el Partido de la Justicia y Libertad, de los Hermanos Musulmanes, domina el grupo Alianza Democrática por Egipto, y los salafistas, más radicales en sus planteamientos, se presentan en el Bloque Islámico. Las dos coaliciones seculares forman el Bloque Egipcio, dominado por el partido Egipcios Libres, y la Alianza Revolución Continúa, dominada por el Partido Socialista Egipcio. El principal problema de estas alianzas es que algunas son antinaturales. Pero, más allá de grupos y elecciones, la importancia real de este Parlamento es designar un comité que redacte la Constitución. En paralelo al proceso electoral, y solo unos días antes de comenzar las votaciones, la junta militar aprobó una ley que prohibía la presentación a ex miembros del partido de Mubarak.

El movimiento islamista supone casi tres cuartas partes del hemicycle, es decir, el Partido Libertad y Justicia que consiguió 45 por ciento de los escaños, y los ultraconservadores salafistas de Al Nur, que obtuvieron 25 por ciento de los escaños. En principio, la junta militar seguirá nombrando al gobierno, pero los Hermanos Musulmanes ahora representan mejor la legitimidad del Parlamento, aunque se desarrolla un peligroso juego entre la Junta Militar y aquellos, en cuanto

³⁰ Celebradas los días 28 y 29 de noviembre de 2011.

a la elección del gobierno y abriendo la posibilidad de que los militares consideren que no han cumplido su papel en la transición con la posibilidad de seguir desarrollando un papel institucional. Esta Asamblea Nacional post-Mubarak quedó disuelta por el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas –junio de 2012–, a instancias del Tribunal Supremo, alegando vicios de procedimiento y una presunta ilegalidad en el modo de escrutinio, lo que se interpreta por los sectores islamistas como un golpe de Estado suave por los militares, con el concurso de un poder judicial aún dominado por los servidores del antiguo régimen.

El refuerzo del islamismo: las elecciones presidenciales

Dos días antes de las elecciones presidenciales, a la que se presentaron 13 candidatos, el Parlamento fue disuelto por el gobierno interino. Este escenario permite preguntar si estamos ante un “suave” golpe de Estado o incluso ante una “contrarrevolución”.³¹ Los resultados de la primera vuelta posibilitan a un ex general (Ahmed Safik) y al candidato de los Hermanos Musulmanes (Mohamed Morsi) enfrentarse en una segunda vuelta en un escenario polarizado, con la duda de cómo va a ser el grado de ruptura-continuidad de las estructuras del antiguo régimen y, sobre todo, el espacio de maniobra que va a dejar la Junta Militar después de la formación de un Consejo de Defensa Nacional, cuando tenga que entregar el poder. En paralelo, las dos opciones que representan los candidatos a la presidencia de la nación ofrecen un panorama de insatisfacción en cuanto a la esperanza de poder construir un nuevo escenario político, que superara el dualismo del régimen desde 1952: un régimen político militar frente al islamismo. Aunque el período de transición adoptó nuevos mecanismos –entre otros, elecciones libres bajo la supervisión del poder judicial–, se mantenían las opciones clásicas, con una competencia férrea entre Morsi y Shafik que se salda con escasa diferencia, poco más de 260 mil votos a favor del primero, quien se presenta como el candidato de la revolución.

En primer lugar, los resultados electorales indican una severa división en la sociedad egipcia, que podría “justificar” la continuidad del Consejo Militar para interferir en el proceso político, bajo el pretexto de proteger a las instituciones del Estado y garantizar que todo el espectro social quede representado. En este contexto se inscribe la declaración constitucional, emitida por el Consejo Militar (18 de junio de 2012), que otorga a los militares poderes legislativos hasta que el nuevo

³¹ Samaan, Magdy, “Vox Pop: Egyptians Prepare to Choose a President” en *Foreign Policy*, Estados Unidos, 9 de mayo de 2012, disponible en http://www.foreignpolicy.com/articles/2012/05/09/vox_pop_egyptians_prepare_to_choose_a_president

parlamento sea elegido. En segundo lugar, se verifica el retorno de los *felul* del Partido Nacional Democrático (PND) y del antiguo régimen a la escena política, después de la derrota en las elecciones parlamentarias, donde obtuvieron menos de 3 por ciento de los escaños. Sin embargo, las elecciones presidenciales muestran la distinción entre el PND y los restos del régimen de Mubarak, ya que el primero se derrumba institucionalmente sin capacidad de organización en las elecciones legislativas, no ocurriendo lo mismo en las presidenciales. Las redes del régimen de Mubarak, que incluyen –pero no se limita– a lo que quedó del PND, lograron movilizar a parte del electorado en favor de Ahmed Shafik, obteniendo 23.6 y 48.3 por ciento, respectivamente, en la primera y segunda vuelta. Ahora bien, el resultado no se explica sólo por las redes clientelares del antiguo régimen, sino también por la fatiga revolucionaria y el deseo de estabilidad de amplios sectores de la población.

En tercer lugar, los Hermanos Musulmanes han perdido parte de su popularidad, lo cual se ha traducido en una disminución de votos frente a las legislativas. Mientras que la lista del Partido Libertad y Justicia ganó con 37.45 por ciento de preferencia en dichas elecciones, Muhammad Morsi no alcanzó más de 24.77 por ciento en la primera vuelta de las presidenciales. El primer partido, unido a Al Nour, obtuvieron 65.29 por ciento de los votos en las elecciones legislativas; sin embargo Muhammad Morsi ganó las presidenciales con 51.72 por ciento, a pesar de la unión de todas las fuerzas islamistas que lo respaldaban.

Esta pugna entre dos modelos, el laico y el islamista, desprovista de matices y repleta de estereotipos, está consagrando una deformación óptica en un burdo ejercicio de distorsión y simplificación, porque Egipto post-Mubarak no es sólo bipolar, como ha demostrado el electorado con la alta abstención, que también es una forma de participar políticamente en un proceso de transición arduo que demanda conjuntar, mediante compromisos, a diversas fuerzas políticas. El nuevo presidente tendrá que lidiar, en primer lugar, con los objetivos básicos que desencadenaron el proceso de cambio: “pan, libertad y justicia social”, para construir lo que algunos analistas denominan II República.

Morsi: ¿la destitución o la teoría de prevención de riesgos mayores?

El corto mandato de 12 meses y tres días de gobierno islamista de Mohamed Morsi arroja un balance sombrío en cuanto a la gestión, reflejado en la incapacidad de mantener un rumbo claro y dando la impresión de carecer del liderazgo necesario para tomar las riendas del país. En medio del fracaso económico, los egipcios imaginaron que el cambio de régimen les permitiría mejorar radicalmente la situación, cuestionando tanto el programa de los Hermanos Musulmanes las

habilidades para implementarlo. En esta tesitura, los militares dieron un ultimátum e impusieron una solución: el derrocamiento de Morsi y el traspaso de los poderes presidenciales al presidente del Tribunal Constitucional hasta la celebración de elecciones anticipadas.

¿Fue la destitución de Morsi la clásica contrarrevolución disfrazada de golpe militar? ¿O acaso el golpe militar impidió la toma del poder total por parte de los Hermanos Musulmanes, evitando el colapso económico y la caída hacia la dictadura religiosa? Lo ocurrido en Egipto ha sido un golpe militar cuyo resultado es la vuelta al poder de las fuerzas del régimen anterior, pero a diferencia de 2011 —cuando la población se congregó contra Mubarak—, ahora ciertos movimientos sociales apoyan la estrategia, posiblemente otorgando cierta “legitimidad”. Desde el ámbito politológico, no es posible minimizar el derrocamiento por los militares de un gobierno electo por la vía democrática, pese a los errores cometidos. Es legítimo preguntarse si este proceso de destitución fue necesario o si había una forma mejor de reconducir una transición marcada por una profunda polarización en las instituciones políticas y la incapacidad del gobierno islamista para acometer las reformas institucionales y económicas que requiere el país. Los militares encontraron un nicho de oportunidad con esta situación, lo que les permitía mantener su papel como defensores de la seguridad y del bienestar nacional, al mismo tiempo que devolvían el golpe asestado por Morsi al asignarles un papel subordinado al poder civil alejado del terreno político.

Desde que Morsi llegó a la presidencia se evidenciaba la dificultad de los retos a los que tenía que enfrentarse, sumido el país en una profunda crisis económica a la que se añadía su inexperiencia en el ejercicio del poder, así como la de su grupo político, en un contexto de resistencias por parte de una burocracia hostil acostumbrada a identificar al islam político como el adversario a combatir. Este personaje prometió ser el presidente de todos los egipcios, pero en el gobierno de la nación abandonó la generación de consensos y las promesas electorales a las fuerzas revolucionarias, evolucionado hacia la “hermanización del Estado” o, dicho en otros términos, la capacidad de penetración de los Hermanos Musulmanes para copar las instituciones y controlar los resortes del poder con medidas muy cuestionadas por su ortodoxia a las que se resistía ese “estado profundo”, en lugar de buscar el respaldo del frente revolucionario para combatir los pilares del antiguo régimen.

Esta transformación en cuanto a la naturaleza autocrática del gobierno islamista verifica la confusión entre hegemonía y mayoría, descontando la necesidad de inclusión de otros sectores políticos y sociales. La tendencia acusada es monopolizar el poder, abonando la hipótesis de que era imprescindible contar con cierto consenso para legitimar el proceso. A esto se añadía la confusión generada entre la presidencia del país, el partido político y el movimiento religioso. Debido

a la propia naturaleza de la Hermandad, una organización enormemente jerarquizada, con unas prácticas habituales de falta de disenso, de recompensa de la fidelidad y de obediencia y una sobreexplotación del discurso religioso e identitario, se reforzó la impresión de falta de transparencia y de progresivo sectarismo del poder. En vez de insistir en las políticas sociales y las reformas más importantes –como la del sector de la seguridad–, el gobierno islamista se centró en lo identitario, que profundizaba aún más en la brecha social y política existente.³²

El intento de monopolizar el poder se inscribe en un cúmulo de hechos puntuales que provocó el descontento de amplios sectores sociales, desde el decreto que suponía la concentración de atribuciones absolutas por parte del presidente, asegurando la inmunidad de sus decisiones necesarias para la “defensa de la revolución”,³³ a la falta de ascenso con otras fuerzas políticas, incluido el partido salafista Al Nur, a la destitución de la cúpula militar, a situar figuras afines en puestos clave de la administración y las instituciones, o el tinte ideológico de la nueva Constitución. Estos hechos se convirtieron en detonantes para una oposición que buscaba presentar una agenda negativa y de desaprobación tendente a que el gobierno fracasara.

La disímil oposición, muy dividida, tampoco tiene una estrategia común. Está unida por su rechazo a Morsi y por el temor a que el país se deslice hacia el fundamentalismo islámico en el tejido político e institucional. Sin embargo, los militares han sacado ventajas, como es tradicional desde la creación de la república con una arquitectura institucional todavía opresiva que capitalizó las manifestaciones masivas en los meses de junio y julio de 2013, así como la recolección de 22 millones de firmas pidiendo la dimisión del presidente y la convocatoria de nuevas elecciones. El Ejército terminó destituyendo al presidente con un discurso cuyo eje central era el siguiente: “satisfacer las demandas del pueblo egipcio”, dando comienzo a una nueva fase en el proceso de transición en la que volvieron a dictar la hoja de ruta que se inició con el nombramiento de un civil en la presidencia de la república. Esta estrategia permitió una fachada de actuación en segundo plano resguardándose del desgaste, a diferencia del primer año de transición que lideró la Junta Militar, pero sin arriesgarse a perder sus prerrogativas; es decir, liderar desde la sombra, máxime cuando se afianza la figura del “hombre fuerte del país”, el general Al Sisi. El poder que mantiene el Ejército, revaluado con amplio apoyo social por su comportamiento en las rebeliones, es parte del problema, pero no la solución. Los resortes del poder militar en el país les permiten seguir

³² Lurdes Vidal y Moussa Bourekba, “Cartografía sociopolítica tras el despertar árabe: en busca del equilibrio de fuerzas” en *Annuario IEMed del Mediterráneo*, Fundación CIDOB, Barcelona, 2013, p. 7.

³³ Declaración constitucional de 22 de noviembre de 2012.

siendo, sobre todo, una gran empresa que controla entre 20 y 30 por ciento del PIB y se favorecen de la heterogénea inestabilidad interna que capitalizan, manteniendo una influencia que se resisten a perder.

La economía en crisis también se ha convertido en un agente de conflicto que contribuye a la pérdida de legitimidad y popularidad de Morsi, porque no ha supuesto mejoras en la vida del ciudadano medio. Desde las revueltas de enero de 2011, las fuentes más importantes de ingresos de Egipto se han mantenido estables, con la excepción notable del turismo. Los otros pilares de la economía —las ventas de gas y petróleo, los ingresos del Canal de Suez y las remesas de trabajadores en el extranjero— se mantienen constantes o en crecimiento, de acuerdo con los informes del Banco Central de Egipto. Sin embargo, esas fuentes de ingresos no logran más que apuntalar una economía en crisis. La delicada situación financiera del país, con vencimientos de la deuda externa y una situación límite en cuanto a reservas de divisas, suscitan nuevas interrogantes sobre la política económica en el período de Morsi. La carencia de una política económica, cuyas medidas de ajuste se posponían hizo inevitable acudir como un balón de oxígeno económico al crédito del Fondo Monetario Internacional, tanto para cubrir las necesidades financieras como para recuperar la credibilidad de la política económica. La posición gubernamental de mantenerse en la indefinición y la ambigüedad, con el consiguiente coste económico, también generó un importante coste político. El programa económico de los Hermanos Musulmanes seguía, en lo esencial, las líneas neoliberales de las anteriores administraciones egipcias y de las instituciones económicas internacionales. Sin embargo, el recorte de ayudas sociales y subvenciones, o la escasez de productos básicos como la gasolina o los alimentos, junto a la subida de los mismos, ha repercutido en la mayoría de la población egipcia, que considera insostenible y desastrosa la situación económica.

Otra fase en la transición egipcia: ¿la solución militar?

Los acontecimientos de 3 de julio de 2013 introdujeron otro un nuevo hito en la trayectoria de la transición egipcia. El ex presidente Mohamed Morsi fue derrocado por las Fuerzas Armadas tras un ultimátum de 48 horas para dejar su cargo. Al Sisi, el futuro “hombre fuerte” del país, anunció la suspensión temporal de la Constitución de 2012 y nombró a Adly Mansour, jefe del Alto Tribunal Constitucional de Egipto, como presidente interino. Cuando se acentuó la deriva islamista, el bloqueo del engranaje institucional y se agravó la crisis económica, muchos de los grupos sociales que habían participado en las rebeliones y los sectores laicos se dejaron tentar por la “solución militar”, que proponía una hoja de ruta con la creación un comité para la revisión y redacción de una nueva

constitución, la reconciliación nacional y elecciones presidenciales como ejes centrales de un calendario indefinido para lo que discursivamente se denomina “la normalización política del país”.

En nombre de la estabilidad, este golpe de Estado, insertó a Egipto en una escenografía tan original como arriesgada por tres motivos principales: 1) dos expresidentes de la República encarcelados y procesados (Mubarak y Morsi); 2) se inició una especie de segunda transición política sin haber concluido la primera, con un presidente y un jefe de gobierno interinos que enclaustraron una agenda política indefinida, salvo la reforma de la Constitución; y 3) el escenario se encuentra sumamente polarizado en la política y en la sociedad, entre los partidarios de Morsi y los Hermanos Musulmanes, por un lado, y los defensores del golpe militar, que agrupa el apoyo masivo de amplios sectores de la población –principalmente a través del movimiento juvenil Tamarrod, que recabó más de 20 millones de firmas para la destitución de Morsi o el Frente de Salvación Nacional–, aunque también ha recibido el sustento de terceros países del Golfo Pérsico y Occidente –Arabia Saudí y Estados Unidos–, legitimando la actuación militar en pro de la seguridad y estabilidad.

La primera conclusión que se extrae de este cuadro es que no hay homogeneidad en el bloque que respalda el golpe ni entre los partidarios de Morsi; por tanto, no se trata de un enfrentamiento entre islamistas y no islamistas. Esta ecuación queda superada por la naturaleza y los objetivos de los actores que apoyan a uno y otro bando: los partidarios de Morsi apelan a su legitimidad democrática frente a los detractores que elaboran un discurso acentuando la falta de calidad de la actuación gubernamental, concluyendo que este presidente fue elegido en las urnas y derrotado en las calles. La actuación de los militares era la respuesta a las manifestaciones populares masivas que exigían la dimisión del presidente de la nación un año después de su elección. El apoyo de Arabia Saudí obedece al recelo hacia los Hermanos Musulmanes y la extensión en cuanto influencia iraní en Oriente Medio. El consentimiento de Estados Unidos pasa por mantener buenas relaciones con los militares egipcios, siendo con quienes Washington conserva una influencia sólida y constante, explicable por la elevada importancia de las relaciones con Israel, el paso libre por el Canal de Suez, la seguridad del Sinaí y la cooperación antiterrorista.

Morsi, un candidato secundario de la hermandad musulmana, diseñó una estrategia para establecer una alianza de convivencia con los militares, nombrando al general Al Sisi, ministro de Defensa, lo que significaba el recambio generacional en la institución. En paralelo, el Ejército no ha querido renunciar a su protagonismo histórico y cuestiona la rebelión popular de enero de 2011, aunque la apoyó. No lo hicieron apostando por el cambio, que podría perjudicar sus intereses, sino porque no era práctico continuar la alianza con Mubarak, un autócrata en fase

terminal tanto física como política en virtud de la descomposición encubierta de su régimen. La presión internacional y la postura de Washington aconsejaban prudencia a los militares, que después acometerían con mayores garantías de control el proceso político. Los militares hicieron lo posible por evitar el triunfo del movimiento islamista en los procesos electorales (elecciones parlamentarias y a la presidencia de la nación) o, al menos, minimizar su supremacía, pero el presidente islamista no sólo no generó consensos, sino que hegemonizó su poder mediante la deriva islamista y la agudización de la crisis económica. El golpe militar de julio hizo patente que el objetivo no era impregnar la transición de un rumbo democrático y laico. Para legitimar dicha acción se necesitaba un voto popular, siendo el *referendum* de la nueva Constitución (13 y 14 de enero de 2014) el instrumento adecuado, que servía para rebajar el tinte islamista de la anterior, además de evaluar el grado de aceptación de los clásicos actores en el poder. Si se cumple la hoja de ruta, la República verá próximamente al mando de la nación el cuarto presidente militar.

Conclusiones

Apenas en tres años de esta transición imperfecta, Egipto ha pasado de la euforia revolucionaria a la polarización. Tanto los islamistas como los militares han llevado al país a la casilla de salida en una situación de riesgo, en donde el retorno a un antiguo régimen renovado vuelve a ser una amenaza ante la falta de consenso y estabilidad. Después de la caída de Mubarak, y aún evaluando que los retos no serían fáciles, era factible desde el punto de vista teórico diseñar una transición pacífica y ordenada hacia una sociedad democrática, inclusiva y más próspera, retomando las demandas de la población que salió a manifestarse a las principales calles y plazas del país. Sin embargo, esa aparente génesis de cambio político ha caído en duras realidades, marcadas por la polarización y el incumplimiento de las demandas.

La acumulación de errores ha ido minando el proceso de transición. En parte, ello es atribuible a las políticas de los Hermanos Musulmanes, vencedores en los diversos procesos electorales, que no han administrado eficazmente la victoria, sino que han propiciado una capitalización partidista y excluyente, sin abrirse a otros sectores políticos y sociales. La interpretación de las mayorías como respaldo absolutista, que permitía llevar a cabo su programa de gobierno e imponer un modelo de sociedad, se refleja en la Constitución de 2012 y en la “hermanización” del poder y las instituciones políticas. La oposición laica todavía carece de visión, tiempo, unidad y experiencia organizativa conjunta para ensanchar la aparente bipolarización que demuestra la política entre islamistas y militares,

aunque cuenta a su favor con la pérdida del miedo, el creciente y perseverante activismo social de los ciudadanos egipcios y el uso de las tecnologías de la información y comunicación. Estos factores son positivos, pero insuficientes.

Los militares continúan siendo el actor clave del proceso de transición por la dificultad de dismantelar una estructura de privilegios y de poder asentada durante décadas y por su importante peso en la economía del país. En suma, la agenda de los militares en la transición egipcia está todavía sin definir o, mejor dicho, sin visualizarse por completo, aunque se aleja de readaptarse a un sistema pluralista que genere incentivos democratizadores y opta por pilotar una “transición ordenada”, mediante la estrategia de cambio limitado y controlado desde arriba. En esta lógica, los militares, encabezados por el general Al Sisi, han definido el rumbo político: consolidación de su papel en el escenario nacional y erradicación del otro actor poderoso egipcio, los Hermanos Musulmanes, identificados como organización terrorista en un intento de eliminarlos de la escena, pero no hay que descontar que son los más disciplinados y organizados, en tal caso equiparable en este sentido con los militares, y que cuenta con una amplia base de apoyo.

El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas estableció una alianza de conveniencia con los Hermanos Musulmanes, principales beneficiarios de una transición por vías institucionales y la única organización política con arraigo y legitimidad histórica como fuerza opositora, con un programa económico neoliberal y político reaccionario, en el terreno de la religión y los valores. Les dejó actuar. Pero la victoria en las urnas de un presidente islamista hegemonizó el poder e impregnó el nuevo paradigma de un tinte islamista, sin solventar la crisis económica, que acentuó el rechazo de muchos grupos sociales que habían apoyado las revueltas de 2011, lo que se tradujo, otra vez, en la “solución militar” mediante un golpe de Estado, quedando claro que no se pretendía dar un rumbo democrático y laico a la transición, sino colocar al país bajo el mando militar, con un discurso justificativo en pro de la estabilidad.

La primera fase de transición ha demostrado los potenciales límites del proyecto islamista de los Hermanos Musulmanes, que gozaron de una oportunidad histórica. La segunda fase del Egipto post-Morsi comienza con un golpe de Estado y revive el mito del “cirujano de hierro”. Aunque ha sido apoyado por amplios sectores sociales, sus circunstancias han derivado en una hoja de ruta que comenzó con el *referendum* constitucional de enero de 2014 y continúa con procesos electorales (presidenciales y legislativos). Recordando la historia de Egipto moderno, en 1954 el país estaba dividido: una parte de la población quería una democracia parlamentaria, asentada en el constitucionalismo y que los militares volvieran a los cuarteles; otra parte optaba por un actor fuerte, el Ejército, que promoviera la estabilidad. El vencedor fue Naser, implicado en el golpe militar de 1952 y que posteriormente se hizo con la presidencia. ¿Será Al Sisi un espejo?

Bibliografía

- Abdin, Yasser, “Cubrir el déficit de empleos” en *Finanzas y desarrollo*, Fondo Monetario Internacional, junio 2011.
- Abdulkaki, Louay, “Democracy and the Re-Consolidation of Authoritarian Rule in Egypt” en *Contemporary Arab Affairs*, vol. 1, núm. 3, Centre for Arab Unity Studies, 2008.
- Achcar, Gilbert, “The Muslim Brothers in Egypt’s Orderly Transition” en *Le monde diplomatique*, marzo 2011, disponible en <http://mondediplo.com/2011/03/06muslimbrothers>.
- Al-Din Arafat, Alaa, *The Mubarak Leadership and Future of Democracy in Egypt*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2009.
- Alhassen, Maytha, “Siria y Egipto, la barrera del miedo ha caído” en *El poder de las redes sociales, La vanguardia dossier*, núm. 50, España, enero-marzo 2014.
- Alterman, Jon B., *Egypt in Transition: Insights and Options for US Policy*, Center for Strategic and International Studies, Washington, D. C., 2012.
- Beinin, Joel, Kamal Abbas, Sarah Whitson y Michele Dunne, *Labor Protest Politics and Worker Rights in Egypt*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, D. C., 2010.
- Binder, Leonard, *The Cambridge History of Egypt. Modern Egypt from 1517 to the End of the Twentieth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.
- Casa Árabe, *Atalaya política*, núm. 18, Casa Árabe, España, 2012.
- Castells, Manuel, *Redes de indignación y esperanza*, Alianza Editorial, España, 2012.
- Claret, Andreu, *Cuatro notas en torno a la revolución egipcia de 2011*, Real Instituto Elcano, España, 2011.
- Council on Foreign Relations, *The New Arab Revolt*, Foreign Affairs, Estados Unidos, 2011.
- Dubai School of Government, “Civil Movements: The Impact of Facebook and Twitter” en *Arab Social Media Report*, vol. 1, núm. 2, Dubai, 2011.
- Dubai School of Government, “Twitter in the Arab Region” en *Arab Social Media Report*, Dubai, 2012.
- El-Ghobashy, Mona, “The Praxis of the Egyptian Revolution” en David McMurray y Amanda Ufheil-Somers (eds.), *The Arab Revolts: Dispatches on Militant Democracy in the Middle East*, Indiana University Press, Bloomington, 2013.
- El-Khawas, Mohamed, “Egypt’s Unfinished Revolution” en *Mediterranean Quarterly*, núm. 23 (1), Durham, 2012.
- Haass, Richard N., “Reflections on the Revolution in Egypt” en *The New Arab Revolt*, Council on Foreign Relations, Nueva York, 2011.
- Hinnebusch, Raymond, *The International Politics of the Middle East*, Manchester

- University Press, Manchester, 2003.
- ICG, "Popular Protest in North Africa and the Middle East (I): Egypt Victorious?" en *Middle East/North Africa Report*, núm. 101, 24 de febrero de 2011, disponible en <http://www.crisisgroup.org>
- Izquierdo Brichs, Ferran (ed.), *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*, Fundación CIDOB, Barcelona, 2009.
- Kemou, Athina y Bárbara Azaola, "El Egipto contemporáneo" en Ferran Izquierdo Brichs, *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*, Fundación CIDOB, Barcelona, 2009.
- Khamis, Sahar y Katherine Vaughn, "Cyberactivism in the Egyptian Revolution: How Civic Engagement and Citizen Journalism Tilted the Balance" en *Arab Media and Society*, núm. 14, The American University in Cairo, 2011.
- Kimanyi, Mwangi S., *The Arab Democracy Paradox*, The Brookings Institution, Washington, D. C., 2011.
- Lampridi-Kemou, Athina, "Egipto. La revolución inconclusa" en Ignacio Gutiérrez de Terán e Ignacio Alvarez-Ossorio (coords.), *Informe sobre las revueltas árabes*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2011.
- ONU, *Human Development Data for the Arab States-Egypt*, disponible en <http://www.arab-hdr.org/data/profiles/EGY.aspx> 2012.
- Ottaway, Mariana y Amr Hamzawy, *Protest Movements and Political Change in the Arab World*, Carnegie Endowment, Estados Unidos 2011.
- Samaan, Magdy, "Vox Pop: Egyptians Prepare to Choose a President" en *Foreign Policy*, Estados Unidos, 9 de mayo de 2012, disponible en http://www.foreignpolicy.com/articles/2012/05/09/vox_pop_egyptians_prepare_to_choose_a_president
- Tessler, Mark, "Do Islamic Orientations Influence Attitudes toward Democracy in the Arab World? Evidence from Egypt, Jordan, Morocco and Algeria" en *International Journal of Comparative Sociology*, núm. 43, Universidad de California, Estados Unidos, 2002.
- Teti, Andrea y Gennaro Gervasio, "La segunda revuelta de enero en Egipto: causas y consecuencias de una supuesta revolución" en *Anuario IEMed del Mediterráneo*, Fundación CIDOB, Barcelona, 2011.
- Vidal, Lurdes y Moussa Bourekba, "Cartografía sociopolítica tras el despertar árabe: en busca del equilibrio de fuerzas" en *Anuario IEMed del Mediterráneo*, Fundación CIDOB, Barcelona, 2013.